

SOBRE LA EXPERIENCIA DE INVESTIGAR Y ENSEÑAR A INVESTIGAR EN LA PANDEMIA

Concepción Delgado Parra

La vida se transformó radicalmente en estos tiempos de pandemia. Las actividades que resultaban cotidianas, comunes, regulares, se convirtieron en un reto. Dialogar sobre las preocupaciones académicas, docentes, investigar sobre el tema que inquieta, preparar un programa dirigido a enseñar a investigar, establecer estrategias para construir un objeto de estudio, diseñar protocolos de investigación, enseñar a “pensar” a los estudiantes y estimular el pensamiento propio, escribir y publicar, devino en un ejercicio complejo y difícil. De pronto, el confinamiento nos arrojó al espacio de la soledad, del miedo y la incertidumbre. El tiempo se volvió largo, indefinido, inasible. El vínculo con algunas personas se fragilizó y, simultáneamente, otras relaciones se estrecharon de tal manera que hicieron resurgir la vida, los sueños, la esperanza. Este es el contexto de mi experiencia en el proceso de investigación y enseñanza de esta actividad, cuyo desarrollo trataré de compartir en este breve texto.

A modo de enunciación genealógica, entendiéndolo este término como la recuperación de dos momentos “originarios” de la experiencia vivida, en el que se conjugan situaciones y marcas que definen la resolución en el presente. El primero, atravesado por acontecimientos externos que nos obligaron a girar el rumbo de la cotidianidad. Y, el segundo, marcado por los conflictos derivados del deseo y la realidad que nos llevaron a modificar la dinámica de nuestra existencia.

El 23 de marzo de 2020, me vi obligada a imaginar en dos días la forma en que podría instrumentar mis cursos en línea para no perder el semestre y mantener el interés de mis estudiantes, a pesar de las dificultades que todos teníamos. Enseñar teoría y motivar a mis estudiantes a desarrollar investigación. Una idea central vino a mi cabeza, la escritura. El más grave problema que enfrentan

mis estudiantes son las limitaciones que tienen para escribir y comprender lo que leen. No importa que sean estudiantes de maestría o doctorado, la ausencia de estas dos habilidades tiene su origen en un sistema educativo desinteresado en promover mecanismos de enseñanza-aprendizaje para que los estudiantes comprendan y piensen; su propósito es que repitan y reproduzcan contenidos, sin reflexión ni problematización. De modo que decidí impulsarlos a escribir para pensar. Renuncié a las videoconferencias en las que hubiera tenido que dictar los contenidos de cada sesión y mis espectadores –estudiantes aburridos e indiferentes– presentes en su ausencia. Decidí abrir un espacio de escritura, utilicé una plataforma que me permitía subir documentos de lectura y construí un territorio para “decir a través de la escritura”. Al principio fue difícil, muchos estudiantes exigían su derecho a tenerme como profesora que “dictaba la verdad”, colocándose como simples espectadores del “decir” de alguien que tenía las credenciales del “saber”. Poco a poco, algunos se arriesgaron a escribir y opinar, a ser en ese mágico espacio. Hasta que, por fin, el diálogo empezó a fluir. Comenzamos a establecer un diálogo entre la teoría y el objeto de estudio de su investigación. Al principio, resultaba forzado este encuentro, pero, en la medida en que avanzábamos, los estudiantes se iban liberando de sus propios prejuicios y jugaban a indagar caminos no seguros. Esta parte fue extraordinaria, porque entendieron el verdadero sentido de la investigación. De la apropiación de los saberes para construir una argumentación dirigida a explicar y comprender aquello que pretenden conocer. En este ejercicio, identificaron sus debilidades, limitaciones y errores como una virtud, no como un defecto. Aprendieron que equivocarse abre todo un mundo de posibilidades para continuar la indagación. Entendieron que cuando tratan de saberlo todo, sin sumergirse en la búsqueda de lo desconocido, no se encuentra nada. Reconocieron que la incertidumbre no necesariamente constituye un obstáculo para la creación. Por el contrario, no tener el piso firme garantiza la búsqueda de aquello que se muestra inasible. Todavía hoy, me sorprende de lo que mis estudiantes lograron en este complicado momento de pandemia. Un semestre en el que crecieron –crecimos– en el aprendizaje-enseñanza de la investigación, seguramente como no lo hubiéramos logrado en un espacio presencial. Es importante destacar que esta experiencia fue posible gracias a la apertura de escucha que ambas partes mostramos.

Por supuesto, contar con sesiones presenciales es indiscutible en cuanto que permiten una comunicación, socialización y encuentro que en las aulas virtuales resultan imposibles. No se trata de elegir entre un proceso y otro, ni siquiera tenemos aún esa posibilidad por las condiciones que la pandemia nos impone y los cuidados que debemos tener para salvaguardar nuestra salud y la de los demás. Pero teníamos que edificar un espacio que diera lugar a la continuidad de la enseñanza-aprendizaje, lo que exigió un esfuerzo por parte de los profesores y estudiantes. Quedarnos en casa, no implicaba renunciar a los sueños, a la vida, reclamaba abrirnos a otros escenarios para re-configurar la existencia. Y así fue. Cada sesión se convirtió en un nuevo reto: pensar, escribir, reflexionar, construir, ser. Al concluir el semestre todos estábamos agotados, pero satisfechos y felices de conseguir nuestro objetivo colectivo. Solamente tuve una estudiante que decidió posponer su evaluación final –acción que está realizando en este momento–, por cuestiones de trabajo. No hubo una sola desertión, al día de hoy, todos realizaron su reinscripción y están entusiasmados con retomar los cursos del siguiente semestre. Fue necesario incitarlos a que disfrutaran de su tiempo de vacaciones antes de continuar, que hicieran una pausa, permanentemente me escribían por correo electrónico solicitando comentarios a sus avances de investigación, mostrando su fuerte interés por seguir trabajando en la dinámica que instrumentamos colectivamente. No tengo palabras para describir esta extraordinaria experiencia. Todos y cada una de quienes formaron parte de mis seminarios, tanto de investigación como de teoría, en esta época de pandemia, son un aliciente para desarrollar mi labor docente y de investigación. No cabe duda que su fuerza, es mi fuerza.

En otro registro, no menos complicado, pero también satisfactorio, se encuentra mi propio trabajo de investigación. Actualmente formo parte del Grupo de Investigación de Teoría y Filosofía Política de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, que colabora interinstitucionalmente con el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el desarrollo del proyecto denominado “Desafíos de la integración social en las democracias”, cuyo apoyo está a cargo del Fondo SEP-Conacyt, en la modalidad G9, Grupos de Investigación. El equipo está formado por un conjunto de académicos que tenemos un fuerte compromiso y, en este sentido, el trabajo es robusto y exige de resultados concretos. Decir esto, no es poco, pues demanda participación y producción, pero, sobre todo, pensamiento. Es importante relatar las vicisitudes a las que me enfrenté a finales de marzo, cuando inició el

confinamiento, toda vez que mi capacidad para concentrarme, leer, comprender, estudiar y escribir, estaban alejadas de mi universo. Todo era confuso, la incertidumbre, el miedo y la soledad me embargaban. ¿Escribir, pensar? No formaban parte de mi realidad. Sin embargo, un germen de indagación quedaba en mi mundo. Me interesaba expresar lo que sentía y percibía. Pero, también me importaba mucho expresarlo mediante algún engranaje de interés colectivo, público. Por supuesto, no tenía la fuerza para elaborar un artículo, mucho menos sentarme a escribir un libro sobre lo que sucedía. Sentimientos encontrados aparecieron en mí, la desidia, el abandono y, al mismo tiempo, la fuerza creadora de impedir la negación y el descuido de todo.

En este intersticio de contradicciones e impotencia, me puse en contacto con el editor de un periódico y solicité su apoyo para escribir una columna semanal sobre política, una especie de opinión dirigida a reflexionar en torno a los acontecimientos presentes. La respuesta fue positiva de su parte y comencé a escribir en abril, en medio de la emergencia de la pandemia. Es paradójico, no tenía la fortaleza para escribir textos académicos, pero sí para expresar mi opinión sobre la coyuntura que estábamos viviendo –y que aún nos habita–. Se configuró en mí, una especie de necesidad de dialogar con la gente y la única vía inmediata para hacerlo, en medio del confinamiento, fue la narrativa de una columna semanal en un periódico. Al principio fue terriblemente difícil para mí cumplir con el compromiso. Implicaba investigar sobre la vida política del país, analizar los conflictos, reconocer los actores y expresar un punto de vista. Si lo que intentaba era evadir mi trabajo como investigadora, en este ejercicio se volvió una actividad ineludible. Cada semana me arrepentía de haberme comprometido a realizar esta tarea, me aterraba escribir y publicar. Pero, pronto comencé a tomarle sentido y disfrutar lo que estaba haciendo. De pronto, las habilidades que reconozco en mí, en el trabajo de la enseñanza y en mi propio proceso de investigación, emergieron para conjugarse con mi deseo de decir y pensar mi presente. Así, del mismo modo que les sucedió a mis estudiantes cuando comenzaron a dialogar, crear, actuar, mi escritura comenzó a fluir. Algo sorprendente y grato que sucedió fue darme cuenta que la filosofía y teoría política podían derivar en textos sencillos y cercanos a un lector no especialista, simplemente interesado en conocer el contexto que lo habita, sin abandonar la profundidad y el interés ético que los atraviesa.

En este proceso, investigación académica y análisis político de coyuntura comenzaron a tomar forma y expresión en una columna periodística. Curiosamente, mi trabajo de investigación perfiló con mayor claridad mi interés originario, relacionado con la democracia, la ciudadanía y los derechos humanos, con la particularidad de un contexto en el que el populismo, de derechas e izquierdas, toma lugar de manera radical en el marco de la crisis económica y de salud, proporcionándome un espacio analítico extraordinario para re-pensar nuestra existencia política.

Indudablemente, hoy las cosas cambiaron. No es posible continuar enseñando a investigar, ni investigar, de la misma manera. Igual que el mundo demanda una apertura hospitalaria al diferente, al extranjero, como investigadores debemos ser flexibles y abrir la escucha a otros horizontes. La experiencia de los días vividos, en el escenario de una pandemia que modificó la existencia de la humanidad en el mundo entero, como falta y dolores sobrecogedores, nos arroja a un espacio que nunca más será un lugar seguro –quizá, nunca lo fue–. Lo que hacemos en este momento, enseñar y aprender a investigar, no lo hacemos por la vida misma (eso sería demasiado sencillo), sino por el estremecimiento de lo que surge fuera de la vida ordinaria. Entregados a una experiencia desmesurada, midiéndonos con ella, con espíritu firme, difícil y ardiente, pero siempre tras la búsqueda de la llama.